

Una bruja bajo mi cama



Timna Segal

Nací en el 1966 en Israel, un kibutz (comunidad cooperativista). En un oasis creado con duro trabajo en el desierto del Negev.

En el kibutz pase mi infancia y adolescencia conviviendo con compañeros, hijos e hijas de judíos que igual que mis padres dejaron su país natal (Egipto, Argentina, Polonia, Austria, Bolivia, etc.) e inmigraron a Israel y en contacto diario con árabes israelíes y palestinos, con beduinos y drusos, voluntarios cristianos de todo el mundo que vinieron a conocer y colaborar en el proyecto de construcción del kibutz.

En mi casa desde siempre se han encendido las velas de Jánuca (fiesta de las luminarias judía celebrada en diciembre) y se ha puesto un árbol de Navidad, se comía Cuscus (sémola cocida con verduras y carne de origen árabe) y Jamin (guiso típico judío de los sábados), Baclaya (repostaría de origen árabe de miel y frutos secos) y Sufganiot (repostería típica de la festividad de Jánuca de los judíos europeos) etc.

A los veinte años emigre a España, Zaragoza, donde resido actualmente trabajando como educadora intercultural.

Todo ello ha marcado profundamente mi forma de ser y impregna mis creaciones plásticas y literarias. Con mis cuentos espero transmitir parte de estas vivencias, me gustaría que con ellos el lector o lectora se transporten a mundos posibles de respeto y convivencia, de dolor y esperanza, de amistad y alegrías, haciéndoles conscientes de lo parecido y lo diferente entre las distintas culturas.

Timna

Así que me armé de valor y le pregunté susurrando:

- ¿Bruja, porque eres tan mala y me quieres coger de las piernas cuando me bajo de la cama?

La bruja me miro sorprendida y me contesto:

- ¿Mala yo?, ¡Si los malos sois tu que me quieres pisar las manos!



Una bruja bajo mi cama

Autora e ilustradora: Timna Segal
Email: timna.segal@gmail.com
Web: www.TimnaSegal.com

Registro de la propiedad intelectual: Z-3236-99

Autoedición 2015

Cuando yo era pequeña había una bruja bajo mi cama, por las noches cuando se apagaban las luces ella crecía y crecía... hasta hacerse enorme y ocupar todo el espacio de debajo de mi cama.

Y la bruja era feísima, con una nariz larga en forma de pico que recordaba a los picos de las aves rapaces, tenía una piel como la de los sapos y los ojos saltones y blancos, pero lo más impresionante en ella eran sus manos y brazos delgados, muy delgados y largos, muy largos, con las uñas negras, sus manos recordaban a las patas de los cuervos.



Entonces ella levantó su mirada que se reflejaba en el espejo y nuestros ojos se cruzaron, asustada me escondí rápidamente debajo de la manta, pero ahí, en la seguridad de mi escondite me puse a pensar:

- ¿No estaba asustada también la bruja?

Se le veía tan incomoda y encogida, con una mirada que más que maldad reflejaba algo de miedo y curiosidad, así que con mucho, mucho cuidado me destapé un poquito, lo justo para ver el espejo de reojo, y ahí la vi, tan grande y tan fea, con una mirada asustada y una sombra de sonrisa.

pareció que ella estaba algo incomoda, tan grande en ese espacio que no le permitía ni moverse, con las piernas plegadas y los brazos encogidos para que no sobre salgan por debajo de la cama, tumbada de lado sin casi poder respirar.



Y si bajabas las piernas cerca del borde de la cama por la noche para, por ejemplo, ir al baño, ella te cogía de las piernas.

Así que por la noche, una vez que mi madre apagaba las luces, nunca bajaba las piernas al lado de la cama y si tenía que ir al baño me ponía de pie encima del colchón y daba un salto lo más lejos posible de los bordes de la cama al centro de la habitación, de donde me iba corriendo al baño



al principio pequeña, pequeña... en la esquina más lejana del suelo. Pero ella crecía y crecía por momentos, sus piernas se alargaban a la vez que su vestido de un color marrón grisáceo indefinido y sucio, sus manos se hacían más y más grandes así como su fea y larga nariz en forma de pico, en la cual podía ver con claridad una verruga marrón con tres pelos blancos, también podía ver con todo detalle sus pelos desordenados y sus dientes amarillos...

La bruja seguía creciendo y creciendo, hasta ocupar todo el espacio debajo de mi cama, y me



Pero un día decidieron reordenar el dormitorio.

Movieron las camas y los armarios, pasaron la mesa de juegos del lado de la ventana a la pared de enfrente... y al llegar la noche lo dejaron todo desordenado con la intención de acabar de ordenarlo al día siguiente. Y mira por donde dejaron el espejo grande, que siempre estaba colgado al lado del armario, apoyado en la pared justo enfrente de mi cama, y en él me reflejaba yo, mi cama y el espacio debajo de ella.

Así que al apagar las luces me quede asomando lo mínimo posible de mi cara, lo justo para observar el espejo; y en él me veía a mí misma acurrucada y encogida, tapada por encima de la cabeza, solo se veían mis ojos y un poco de la nariz; debajo de mi cama veía a la bruja,



para no darle tiempo a la bruja de estirar sus largas y feas manos y agarrarme de las piernas.

Volver a la cama era algo más complicado y la única manera era hacerlo corriendo sorprendiendo a la bruja sin darle tiempo a reaccionar.

Aunque, todo hay que decirlo, muchas veces prefería no ir al baño por el riesgo que presentaba e intentaba aguantar toda la noche, y... a veces mojaba la cama, en cuyo caso a la mañana siguiente los adultos solían enfadarse mucho diciendo cosas como:

- "Una chica tan grande como tú
y aun mojando la cama..."

o:

- "¿Por qué no te vas al baño sí...?"

Y a mí me daba vergüenza decirles aquello de la bruja, y en cualquier caso ellos no me iban a creer ya que la bruja por las mañanas se hacía pequeña y no se la veía, y por las noches, cuando era grande, era invisible para los mayores.

Y así pasaron los días y la bruja esperando debajo de mi cama para cogerme de las piernas y yo sin poder ir al baño.

